

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción. — En la Península: Un mes, 1 pes. — En el Extranjero: Tres meses, 7.50 id. — La suscripción se cobra desde 1.º y 16 de cada mes. — No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24. — Teléfono 143. — Administración, Plaza San Agustín, 7. — Teléfono 237.

Condiciones. — El pago será adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. — Correo. — Mr. A. Lorella, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre. — New-York, Mr. George R. K. 21-Park Row — Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalems-Strasse, 46-49 — La correspondencia al "Eco" debe dirigirse a la redacción.

Un tesoro bibliográfico

He encontrado a Mr. Bergeret, después de algunos días. Ahora Mr. Bergeret, anda siempre vestido con pulcritud. Su levita tiene un corte anticuado, sin duda. Las alas de su sombrero de copa son demasiado anchas, quizá. Pero la camisa es blanquísima siempre, cuidada y lustrosa la ropa, que ha envejecido ya como él, y que, como él, parece haberse purificado, con el transcurso del tiempo, de toda mácula pecaminosa.

De qué conozco a Mr. Bergeret? Cómo he logrado averiguar su nombre? Yo tengo un poco la manía de los viejos y de los *biblots* antiguos que se amontonan en las tiendecillas de los chamarilleros. Así, en las mañanas luminosas, cuando el agua del Sena rutula como plata en fusión, suelo divagar por la ribera izquierda, arrimado a los polvorientos escaparates de anticuarios. En su fondo, como en una azulada claridad a unos, dormitan las cosas más arcaicas, más inútil y más heteróclitas: cazoletas de espaldas y tabaqueras de marfil; bustos descalabrados, como si la posteridad hubiera ejecutado en ellos venganzas ó justicia implacables; medallones glorificadores de personajes desconocidos; cotas de milia medievales y tapices aguderos de la Guardia imperial; tapices, en los que la polilla fantaseó dibujos nuevos, amuletos de ámbar ó de coral; un mosquete herumbroso; una chupa de marilientos encajes.

Pues en esas correrías matinales, cuando el cielo está azul y el humo de las patachas cargadas de madera asciende recto, como en los sacrificios siempre he hallado a Mr. Bergeret. Yo sé que él se asoma a estas oscuras tiendecitas como a playas donde las tempestades de la vida arrojan los restos de todos los naufragios. El espíritu investigador encuentra en las estampas más deslucidas, en los libros más empolvados, en los cachivaches más absurdos, puntos de partida por donde ponerse en marcha hacia el infinito. Los examina, los palpa, los observa por todos lados. A veces se detiene lleno de complacencia ante un árbol florido. Contempla un instante el grupo de chiquillos que juegan, echados en el suelo. Lanza una ojeada a una mujer bonita que pasa taconeando. Se aventura a charlar con un

vagabundo, que fuma su pipa, sentado en el muelle, al sol.
Yo veo cómo recoge estas imágenes vulgares, y las coloca en el camino de sus deducciones. Cómo las relaciona. Cómo extrae de ellas, antes de irse a almorzar, el secreto de la armonía total del universo. Y de todo eso, y de su tolerancia para las mil pequeñas contrariedades de la calle, he concluido que, en efecto, se trata de monsieur Bergeret.

Pues hoy lo he encontrado en el hotel Druot, donde van a venderse los libros españoles más viejos y raros de que hay noticias. Tenía en sus manos la *Summa philosophia naturalis*, en la cual así mismo se trucha de *Astrología y Astronomía*, de Alonso de Fuentes, impresa en Sevilla por Juan de León, en 1547.

—Magnífica biblioteca—he osado decirle,—digna de que resucitara para ordenarla aquel abate Jerónimo Coignard, cuya memoria no os debe ser desconocida.

Mr. Bergeret, se ha puesto a sonreír con la indulgencia peculiar en él. Luego me ha preguntado si por acaso los millonarios españoles piensan acudir a la subasta; si la Prensa de Madrid ha iniciado suscripciones ó informaciones afines al caso; si las gentes andan ahí emocionadas por esta emigración de un tesoro bibliográfico incomparable.

Yo no he podido contestar a sus preguntas. Entonces él me ha hecho un elogio de la España pintoresca que, puesta a emocionarse, se preocupa por un cuadro de un pintor extranjero, y no se altera por doscientos libros únicos de autores españoles que van a marcarse para siempre. Pero su discurso ha sido ameno, tan sutil y tan irónico, que yo no me airé a profanarlo transcribiéndolo.

JUAN PUJOL.
París 7-911.

Lo de los Infantes

Madrid 18-9 m.
Las impresiones sobre el asunto de los infantes D. Antonio y doña Eulalia, son que sigue tramitándose el expediente.
Para esto hay en campaña un canónigo que recoge documentos con el mayor secreto y la más grande reserva posible.

VENI! VIDI! VINCI!

(CRÓNICA BURLESCA)

El fértil diputado, que nos goza, abusó de su voz en el Congreso, y hoy está ronco y flácido el intruso, y con tila y quietud vence a los nervios. ¡Qué pulmones me gasta el casco-rabias! Según dice su hermano, son de acero. Sus colegas le llaman la tormenta, y el conde, que es más cáustico, el tormento. Cuando se empuja, y crece y se dilata, terrorífico, loco y pendenciero, Soriano le mira con asombro, y en voz baja murmura: ¡Olé tu cuerpo! Cuando en tono alevoso d'scursea, y la insidia le sirve de tercero, Pablo Iglesias contempla al energúmeno, y, febril, se revuelca en el asiento. Si en un párrafo vierte miel y néctar, y desliza, sutiles, los conceptos, el mellifluo Moret se regocija y exclama con fervor: ¡Guapo mancebo! Si satírico esboza la silueta de Barrojo el hidrópico, el inmenso, Gasset, el irrigador involuntario, suelta un chorro de frases de labriego. Si habla de caciquismo con arrojo, y a D. Alvaro mienta con denuedo, Sánchez-Guerra le sigue con delicia. Romanos se chupa un caramelo, crítica a personajes hipotéticos, La Cierva y los políticos murcianos, lo escudriñan con ojos casi tiernos. Si voraz y veraz y apocalíptico, concreta más el caso y el suceso, lo acorria el señor de Figueroa y él se deja sobar como un cunero. Si oye insultos y voces y amenazas, desafíos, protestas y denuestos, al Presidente acude suplicante y grita con horror: ¡Que nos perdemos! Si los rumores corrian su palabra, echa al aire la caja de los truenos. Y, en tanto, Canalejas le echa flores y estupefactos quedan los maceros; Si al final de la trágica jornada, en los pasillos busca, ávido, fresco, le rodean Lerroux y algunos cómplices, que le aplauden sus *puyas* de... barbero. Cuando atraviesa, orondo, el hemiciclo. Maura le felicita por lo tieso, Melquiades le ensalza por lo armónico, y Galdós por lo pulcro y novelero. En la calle, José de Cartagena, le cubre con sus lágrimas y besos, y le escribe una crónica humorística, digna de Pérez Zúñiga ó Quevedo.

X. Y. Z.

BREVES COMENTARIOS

"La Tierra" de hoy, publica una especie de "Anuncio a los navegantes," al revés.
En estos se anuncian los peligros para que los que navegan huyan de ellos.
Y en "La Tierra" se avisan esos peligros, recomendando precisamente que los que navegan por estos barrios se estrelen contra ellos.
Y encarga muy mucho, que todo el que padezca política social ó físicamente, ponga la proa al *bajo milagroso*, con la seguridad de perder hasta las narices.
Solo el nombre del bajo pone los pelos de punta, a los que no somos rematadamente tontos.
¡D. José García Vasol!
¡Horror!
¡Peor que "Las hormigas."

Pues sí: el nuevo *Doctor Garrido* de la política cartagenera, el propio García, se bombea de una manera... bloquista.

"Si toseis, dice, tomeis el camino de mi casa, que yo os daré jarabe de la Liga".

"Si padeceis estreñimiento político venid a mi, añade, que yo os daré duchas eléctricas de la Popular y funcionareis en los comicios, como un reloj".

"Si padeceis hambre de justicia, buscadme en el Tribunal Industrial y se os quitará el apetito".

Y si creéis en mí, ireis al Cielo desde "La Tierra", porque ya lo dicen la Bienaventuranzas del Boque: "Bienaventurados los que se chupan el dedo y se hurgan las narices... porque ellos serán vasistas".

Entre los festejos que no se anuncian, verdad es que hasta ahora no se ha anunciado ninguno, los hay de verdadero carácter popular.

"Fueres de vino ágrico de la última cosecha del *Gran Camp sino*."

El numerito bloquista se las trae. Ya estamos viendo el artículo que le dedicará *P. Castaño*.
"La faja libre ó hasta Zoroastro pi-diendo aménico."

¡Qué vergüenza!
En un periódico de anoche se dá

cuenta de las personas denunciadas por la guardia municipal.

Y entre ellas figura *Diego González* por la rotura de cuatro faroles del alumbrado público.

Y aquí tenemos ¡ah señores! hasta dónde conduce la cruenta lucha política.

¡Diego González!, el Agricultor que, pone las pegas a cuarto, el Campesino que se ha igualado al célebre Capitán en lo de *Gran*, el Conceja más *espiritual* (más que Andréu), del bloque, el... [siguen los moteos] apedreando faroles y portándolos como un bloquista cualquiera.

Y es que para el bloque todo es apedreable.

Vaso apedrea la verdad, *D. Abolinarío* apedrea el sentido común, *P. Castaño* apedrea al buen público con artículos de hormigón armado, *Diego González* apedrea faroles públicas....

Y el Alcalde, a todo esto, *haciéndoles* festejitos.

¡Lástima de pedrál

EMPERO.

NOTA ALARMANTE

Madrid 18-9 m.

La prensa de París dice que las tropas españolas están trabajando con gran actividad en el arreglo del camino de Ceuta a Tetuán, habiendo construído el puente sobre el río N-ro.

Los notables de Beni Hassan acordaron la resistencia al avance de las tropas españolas.

Agradébase que estas noticias habian sido comunicadas desde Tangor.

DE SOCIEDAD

Ha regresado de Segovia y Madrid nuestro querido amigo y contertulio el distinguido médico D. Miguel Angel de la Cuesta.

Ha regresado de la corte el distinguido letrado de este colegio querido amigo nuestro y asiduo contertulio D. Isidoro Felipe Valdés.

Con motivo de la temporada de fiestas que se avecina ha llegado a esta nuestro apreciable amigo y contertulio el ilustrado ingeniero de minas D. Gabriel López.

—¿Qué telegrama?
—Para decirle que he matado al general.
—Está usted loco!
—Vaya usted a pensarlo.
—Pero no comprende usted que me prañearían y vendrían a buscarle?
Padlewki asintió con un movimiento de cabeza, y reanudó su interrumpido sueño.
La señora Duc volvió a casa a las cinco, y enterada de lo que sucedía, despertamos a Padlewski.
Yo quería que permaneciera en la casa; pero la señora se opuso con todas sus fuerzas diciendo, y tenía razón que en ninguna parte estaría menos seguro que en la morada de su marido, conocido revolucionario.
En vista de esto, se ofreció Gregoire. Aceptamos sus ofrecimientos, y quedé decidido que se ocultara en su casa, adonde no iría, porque estaba seguro de que se me vigilaba.
Padlewki salió de la casa en las primeras horas de la noche para dirigirse a la de Gregoire.
La idea de ocultar en su domicilio a un homicida producía una penosa impresión a la señora. Fué necesario que su marido emplease toda la influencia que sobre ella ejercía para hacerla consentir.

Sin embargo, secreto compartido, secreto mal guardado, y era preciso tener de una vez con el asunto.
Me devanaba los sesos para encontrar una buena combinación, cuando un viejo revolucionario francés me inspiró la idea de dirigirme a Mad. Séverine.
Entonces, yo había encontrado para Padlewski, gracias a la complacencia de otro socialista francés, un nuevo asilo, más seguro y más cómodo, adonde se le transportó sin incidente alguno en la noche del 27 de noviembre.
No conocí yo a Séverine, ni la había visto más que de lejos en las reuniones socialista. Conocía las profundas diferencias que habían surgido entre ella y el grupo al cual pertenecía Duc-Quercy, en cuya casa encontró refugio Padlewki. Resolví, pues, ocultarle el papel que había desempeñado el asunto la mujer del escritor socialista, por considerar que aquella leve mentira era saludable para mí mismo. Creo que ella me la habrá perdonado.
Por las mismas razones me guardé bien de decir a la señora de Duc quien era la persona que se encargaba de poner en salvo a Padlewki fuera de Francia.
Estas fueron las dobleces del conspirador necesarias a la causa.

cogido para él sus correligionarios políticos.
El suicidio de Padlewski dió por terminado este proceso que de tal modo rompió la opinión, provocando numerosas conroversias. Por dramática que fuese la aventura, tiempo era ya de ponerle un punto final. Los lectores de "Eclair" que conocieron el prólogo tienen de echo al presente.
Nosotros vamos a describirlo ahora.
Recordará el lector que al relatar la evasión del asesino del general Selverstff, el emisario de Padlewki cerca de Labuyere, fué «una dama rubia».
Aquella dama rubia era un mito. Jamás existió. Era una invención del periodista, que quiso simbolizar en un personaje ficticio a todos los correligionarios políticos que trabajaban en pro del matador, y escogió la personalidad de una joven rubia muerta desde hacía tiempo.
Pero las circunstancias han cambiado y podemos poner en claro las cosas.
Hemos recibido la visita de la famosa «dama rubia». Pertenece al sexo fuerte y nos proporcionó datos precisos sobre puntos que hasta ahora habian permanecido oscuros en esta historia tan interesante.